

muy raros los que vemos que atentos à las inspiraciones de Dios, à sus llamamientos, y avisos, viven con esas delicadas atenciones. ¡Oh mil veces dichosos! yo os concedo que son pocos, pero por eso son tan pocos los que se salvan.

*Charissimi mei*, nos voca S. Pablo, *cum metu, & tremore vestram salutem operamini: ad Phil. 2. v. 13.* Amadísimos míos, obrad vuestra salud con temor, y temblor; dá la razón el Apóstol: *Deus est enim que operatum in vobis velle, & perficere.* Porque es Dios el que en vosotros obra así los primeros principios del querer, como los dichosos fines de el acabar. ¿Y por esto havemos de andar siempre con miedo? temblando siempre? Antes parece que era esto el motivo mas fuerte para una confianza tan del todo segura, que jamás se nos afomára el miedo; porque si es Dios quien lo ha de hacer, ¿qué mayor seguridad? ¡Ah, oyentes míos! Reparad en lo que el Apóstol dice. Dice que lo ha de hacer Dios; pero que lo ha de hacer en nosotros, que nuestra voluntad ha de corresponder, cooperando con su inspiracion. Pues qué miedo tan justo, que si nuestra voluntad no corresponde, nada importará que Dios de su parte haga: si nuestra voluntad se está terca, nada hará en ella Dios. Pero aun mas espantoso motivo hay para temer, y temblar, explica nuestro insigne Cornelio, que si en el principio, que es el querer, el *velle*, no le correspondemos à Dios, ni su Magestad nos querrá corresponder para el acabar que es el *perficere*; que si à la primera inspiracion nos resistimos à su llamamiento, se dará su Magestad por defoblado para acudirnos en lo demás con sus auxilios: *Si enim cooperari negligatis, Deus quoque vos negliget, & gratiam suam subducat, nec ulterius in vobis operabitur secundum; tertium, aut quantum bonum velle, & perficere.*

Alto, pues, almas, si deseais vuestra salvacion, si en materia tan espantosa, como cierta, quereis que yo os dexé algun consuelo, este solo hay: temer à Dios en todo, acudir à Dios en todo, atender en todo à Dios, siempre con temor, siempre con susto: *Beatus homo qui semper est parvidus. (Prov. 28. v. 14.)* Dichoso aquél que siempre, siempre teme. ¡Oh, Soberano Dios de las piedades! temblando todo mi corazon, estremecido todo mi espíritu, se sujeta rendido, se postra humilde à tus inescrutables juicios. No tengo mas consuelo, que temer esa tu Magestad Suprema; pero la temo con amor de hijo, confiado, que como generoso Leon, perdonarás à quien debaxo de tu poder soberano, temblando se humilla; darás benigno tus auxilios, à quien reconocido de su nada adora tu grandeza infinita. En tus manos, mi Dios, me arrojé todo: ¿qué mas seguridad que tu misericordia, para que yo no malogre nunca las inspiraciones, y los auxilios de tu gracia?



### DE LA MALICIA, Y GRAVEDAD del pecado mortal, por ser muerte de el Alma.

Punto señalado en la Semana de la Mision.

Viernes V. de Quaresma, año 1691.

*Domine veni, & vide, & lacrymatus est  
Jesus. Joann. cap. 11.*

SI solo en una pérdida tal, que no se le halla otro remedio, se admite por el último alivio el llanto, la muerte de un hombre no es pérdida, que merece las lágrimas de un Dios. Al sepulcro de un Lázaro difunto llora hoy Christo. Y si estas lágrimas no las mueve aquella muerte, pues que haviendola visto antes le causó gozo: *Lazarus mortuus est, & gaudeo*; si no las excita su pérdida, pues que tiene tan en su mano restaurarlo à la vida, si no las ocasiona su lástima, pues que aun mas fácil que de sus ojos las lágrimas puede correr de solo su querer el remedio ¿qué es lo que en Lázaro difunto, tan tiernamente nuestro Dios llora? *Et lacrymatus est Jesus.* Tres veces son con esta las que vió el mundo llorar à Dios: aquí llora sobre un hombre solo difunto: otra vez llora sobre toda una Ciudad entera: *Videns Civitatem, flevit super illam.* Y la tercera llora desde la Cruz por todo el mundo: *Cum clamore válido, & lacrymis.* Así van subiendo el motivo triste à sus lágrimas, la causa lastimosa à su llanto: de un hombre à una Ciudad, de una Ciudad à todo un mundo: igual debe ser la causa, que en un hombre solo le motiva sus lágrimas à Dios, que la que en todo un mundo le ocasiona su llanto. Sí, dice San Cyrilo, llora Christo en un hombre solo juntas, y amontonadas todas las desdichas, y un mundo: llora en un mundo todas las desdichas de un hombre; y llora en un hombre solo todo un mundo de desdichas. Porque llora el pecado, que si bastó à dexar todo un mundo muerto, ¿qué podrá hacer su veneno en un hombre solo? Llorra Christo, dice San Ambrosio, una alma, que muerta en el pecado, vé que no le ha de costar solo la sangre de sus venas; y por eso, viendo su dureza, vierte de sus ojos las lágrimas. Llorra Christo, dice Andrés Cretense, no tanto à Lázaro en el sepulcro difunto, quanto à los circunstantes Judíos, que, al parecer vivos, tienen sus almas en el pecado muertas. Y si vé el Señor, que en éstas, por su pertinacia, han de quedar frustrados sus méritos, sin fruto el inmenso valor de su muerte, y sin conseguir su remedio el infinito precio de su sangre, ¿qué le queda à Dios sino llorar,

rar, llorar? Lloren las lagrimas de mis ojos, lo que por la dureza de los hombres no se ha de restaurar ni con la sangre de mis venas.

Así, pues, alma, que por el pecado mortal, sirviendote ese cuerpo de sepultura, estás muerta: *Anima, que peccaverit, ipsa morietur*: à tí te hace el mismo Dios las exequias: por tí es el llanto, por tí los gemidos, por tí las lagrimas, porque despreciando con tu pecado su sangre, si no la admite tu dureza, tienes en el pecado la mas horrible, la mas espantosa, y la mas formidable muerte. Esto, pues, solo de la inmensa malicia, de la gravedad imponderable, de la fealdad suma del pecado mortal, quiero ponderar este rato. No diré, que compitiendo con el mismo Dios su malicia, se dilatan inmensos sus malignos fenos, al paso que Dios, à quien se oponden, se estienden sin termino las perfecciones infinitas. No diré, que amontonadas quantas desventuras ha tenido el mundo en dolores, enfermedades, deshonras, hambres, y miserias, todas juntas no son mas que un pequeño rasguño del formidable Leon del pecado. No diré, que si desde la tierra hasta el Cielo Empireo se fueran amontonando las calaberas, y huesos de quantos hombres han muerto, y morirán en el Universo, todas juntas no son mas que un corto redito del principal de su veneno: *Scipiendum peccati mors.* No diré, que todo un infierno de llamas, de horrores, de tormentos sin fin, y sin termino, todo junto no es mas que una sombra de la espada sangrienta de un pecado. No diré, que sube su malicia hasta el mismo Trono de Dios, que baxa su peso hasta mas allá del infierno; y que se dilata su gravedad por mas que todos los espacios del mundo, y de los Cielos. ¡Oh, qué tres medidas tan sin medida de su malicia! Mas solo digo, que el pecado es la muerte del alma; que por ésta el mismo Dios vierte sus lagrimas; ¡Oh, y recabe siquiera el merecido horror, el imponderable medio, el justo sentimiento que merece en nuestros corazones! Hoy lo hagas tú, criatura la mas bella, que sola exempta de todo el linage de Adán, de este universal veneno te reservó toda la mano de Dios, para que tú contra él nos repartas la gracia. *AVE MARIA.*



*Domine veni, & vide, & lacrymatus est Jesus.  
Joan. ubi supra.*

VER, y llorar, lo uno se sigue de lo otro; mas como no vén nuestros ojos qual es de el pecado la inmensa malicia, por eso nos brotan perennes de nuestros ojos las lagrimas. Abrióse los à Adán la culpa; mas aun con todo eso no havia conocido qual era su malicia, dice Nicolao de Lyra, hasta que vió delante de sí à su querido Abél ya difunto. Entonces la novedad triste, el horror, el sentimiento, el pasmo, al vér aquel primer semblante de la muerte que no havia visto,

el rostro pálido, los ojos sin luz, cárdenos los labios, sin movimientos los miembros, el cuerpo todo helado, horrible, y yerto. ¿Esto es (dixo levantando el gemido) esto es lo que hizo mi pecado? ¡Oh, maldito pecado! Y entonces, soltando la corriente à las lagrimas, no cesó de llorar en cien años continuos. ¿Qué fuera, si como vió la muerte del cuerpo en Abél, huviera visto en Caín la muerte del alma? Esta quisiera yo representaros hoy, para que acompañarais en las lagrimas, no yá à Adán, sino à Christo. Mas yá que no la vén nuestros ojos, por lo que sucede en la muerte del cuerpo, la ha de ponderar nuestra Fé.

Lo que es el alma para el cuerpo, eso es Dios para el alma. Muere el cuerpo al punto que le falta el alma, y muere el alma al punto que le falta Dios: *Anima amissa mors corporis, Deus amissus mors anima*, dixo el grande Agustino. ¿Ahora, pues, qué sucede en la muerte del cuerpo? Tres lastimosas pérdidas. Porque, lo primero, pierde el hombre al punto que espira, riquezas, bienes, puestos, y todo quanto tenia en el mundo: el que era Rey, pierde al punto que espira el Reyno, y la Corona: el que era Pontífice, pierde al punto que espira toda la autoridad con la Tyara: el que era poderoso, y rico, yá de todas sus riquezas no tiene nada. Lo segundo, se pierden con la muerte todos los ejercicios, y funciones de la vida, ni vé el cadaver, ni oye, ni se mueve, ni alienta, ni respira. Lo tercero, pierde todo su sér, reduciendose al punto el cuerpo de una en otra mudanza à gusanos, podredumbre, à tierra, à nada. Así lo vén nuestros ojos.

Pues atiendolo así nuestra Fé en la muerte de el alma por el pecado mortal, en que discurriré esas mismas tres pérdidas, como tres puntos de una meditacion provechosa. Lo primero, pierde el alma sus meritos adquiridos. Lo segundo, pierde la vida de la gracia. Lo tercero, pierde à Dios, y con Dios pierde todo su sér. ¡Oh, qué tres pérdidas! que aunque se juntáran en una todas las lenguas de los Angeles, jamás acabarían de explicarlas. Pero empecemos, oyendo al mismo Dios al capitulo diez y ocho de Ezequiel: *Si averterit se justus à justitia sua, & fecerit iniquitatem, omnes justitia ejus, quas fecerat, non recordabuntur.* Si el Justo, dice Dios, si el mas Santo, si el mas lleno de meritos, y de virtudes hiciere un pecado solo, aunque sea en medio de las tinieblas de la noche, en lo mas retirado de un desierto, en lo mas hondo de una cueba, al punto todos quantos meritos huviere juntado, quantas penitencias, quantas buenas obras, todas, todas *non recordabuntur*, quedarán en eterno olvidado, no servirán de nada, serán perdidas, sean las que fueren. Señor, sean las que fueren? Y por un solo pecado mortal? Por uno solo. ¡Oh! ponderad esto, Cathólicos.

Y para que forméis algun concepto, poned que huviera un hombre de ochenta años, que desde niño, todo entregado à virtud, huviera ad-



fierísimos demonios. ¿Pues cuál será la fealdad de tu alma por tus pecados, si ella sola bastaba à hacer feísimos demonios à cincuenta Serafines?

¡Oh, muerte, que con esa vida, y esa hermosura priva de la nobleza, de la dignidad, del mayorazgo de Dios, y dexa el alma como el ahorcado, que con un pie yá en la escalera, no le falta yá mas que darle el verdugo la vuelta! Así tú con un pie solo en la orilla de este mundo, que es la vida del cuerpo, no te falta yá mas de una vuelta para caer à un tormento sin fin, à una esclavitud eterna. ¡Oh, qué cambio! oh, qué permuta, por un gusto que al punto se pasa, una vida de deleytes eterna! ¿Qué muger hiciera un pecado, si al punto hubiera de quedar como un dragon fiera? ¿Qué Príncipe hiciera un pecado, si al punto, pérdida la Corona, hubiera de quedar vil esclavo? ¿Qué noble hiciera un pecado si al punto hubiera de quedar sin el puesto, sin el Mayorazgo, y sin la linca? Pues cómo con un pecado perdemos lo que vale mas que infinitos millones? O no tenemos Fé, ò estamos locos. No hizo concepto Esaú de lo que vendia en el mayorazgo, quando lo vendió por una escudilla de lentejas: *Abiit parvipendens, quod primogenita vendidisset.* (Gen. 25.) Mas quando yá se vió sin él, daba bramidos como un leon atravesado con un dardo: *Irrugit clamore magno.* ¿Pues cuáles serán tus bramidos al vér perdida con la gracia la vista de Dios, y un mayorazgo eterno?

Mas la muerte corporal no pára solo en privar de la hacienda, y bienes, en quitar la vida, y sus funciones; sino que tambien acaba con el sér, reduciendo presto un cadaver à gusanos, à podre, à tierra, à nada. Este es el tercer punto de nuestra meditacion, y la tercera, y total pérdida que hace la muerte del pecado en el alma, que sobre quitarle todos sus meritos, sobre quitarle la vida de la gracia, le quita todo su sér, que solo es Dios. Perder à Dios, perder à Dios, ¡oh, qué pérdida! Veo, decia Santa Cathalina de Genova, que tiene Dios tanta conformidad con la criatura racional, que si al demonio se pudiera quitar aquel asqueroso vestido del pecado, al punto se uniera Dios con él con estrecho lazo de amor. ¿Pues toda la inclinacion de un Dios basta un pecado à detenerla? ¡Oh, perverso muro de diamante! *Iniquitates vestra dividerunt inter vos, & Deum vestrum.* ¡Todo un amor infinito detenido, y agolpado al impedimento que le hace un pecado solo! Aqui falta la voz: mejor diré, aqui faltan mares inmensos de lágrimas para llorar tan suma desventura.

Está Dios por su inmensidad en todas partes; pero en el alma de un justo mora, descansa, y habita con una especialísima presencia; por eso no tuvo mayor honra que hacerle à Maria Santísima el Angel, que decirle: el Señor es contigo: *Dominus tecum.* Porque esa singular compañía de Dios por la gracia es lo sumo de toda la felicidad. ¿Presente Dios, qué no se puede prometer de dichas el alma? Revolved las Escrituras, y hallareis esta verdad à cada palabra: *Ego tecum.* Yo

estoy contigo, le dice Dios à Isaac, quando lo anima à no temer à los Filisteos: *Ego tecum.* Yo estoy contigo, le dice à Jacob, quando lo alienta à despreciar de su peregrinacion los peligros: *Ego tecum.* Yo estoy contigo, le dice à Moysés, quando le dá valor contra Faraón, imperio sobre los elementos, poder sobre los mares para librar al Pueblo: *Ego tecum.* Yo estoy contigo, le dice à Josué, quando lo empeña à coger la conducta de su Pueblo: *Ego tecum.* Yo estoy contigo, le dice à Jeremías, quando lo envia à predicar la verdad à los Principes. Y con Dios à su lado, ¿qué no hicieron de maravillas, qué no configuieron de victorias, qué no hicieron de felicidades?

Pero este benignísimo Dios, que lo es todo, al punto que admite el alma un pecado solo, retirado de ella en este punto, ¿qué desventuras, qué miserias no le entran de tropel? *Va, cum recessero ab eis.* Ay de ellos (dice su Magestad) quando yo me aparte de ellos. ¿No fué lo mismo en Sansón perder à Dios, que perder su fuerza, perder los ojos, perder la honra, y perder la vida? No fue lo mismo en Manafés perder à Dios, que perder la Corona, perder la libertad, y verse aprisionado en un calabozo? No fue lo mismo en Saúl perder à Dios, que perder la quietud, perder el gusto, perder el Reyno, y perder el alma? No fue lo mismo en Elí perder à Dios, que perder la dignidad, perder el Sacerdocio, perder el Arca, y perder los hijos? No fue lo mismo en Salomón perder à Dios, que perder la sabiduria, perder las riquezas, perder la estimacion, y perder el juicio? Y en fin, todo el Pueblo de Israel, antes maravilla del mundo, no fue en él lo mismo perder à Dios, que perder su República, perder su nacion, perder su honra, perder su libertad, perderlo todo, y quedar hecho la infamia del mundo? Pues este Dios es el que tú has perdido por un pecado. ¿Cuál estará tu alma sin Dios? está como Jonás sin Dios en medio de un inmenso mar de tormentas, donde tantas desventuras lo cercan como olas. Está como Caín sin Dios, con todo un mundo de horrores, de sustos, y de muertes. Está como una pobre ovejuela, que sin su pastor cayó en manos de los lobos, que à su salvo la despedazan: *Deus dereliquit eam persequimini, & comprehendite quia non est quia eripiat.* Está como la hija sin padre que la sustente, sin esposo que la socorra, sin amparo que la defienda. Oh, alma, perdiste à tu refugio: ¿dónde hallarás seguridad? Perdiste al que solo aliviaba tus fatigas: ¿dónde hallarás descanso? Perdiste al que te guardaba: ¿dónde tendrás abrigo? Perdiste al que es dueño de la luz que gozas, del ayre que respiras, de todo este mundo en que habitas, y de todo el Cielo que esperas: ¿pues cómo podrás estar sin tan dulce dueño, sin tan amoroso Padre, sin tan vigilante pastor, sin tan fino esposo? Oh, como puedes yá decir lo que repetia aquel otro desventurado: *Omnia perdidimus,* todo lo hemos perdido; porque sin Dios, quedandote el sér solo para el tormento,

todo tu sér es nada en la vileza, en la falta, y en el desprecio: *Ad nihilum redactus sum, & nescivi.*

¿Qué fuera todo este mundo sin luz alguna? Nada todo; porque sin la luz, ni todas las plantas, y flores tienen hermosura, ni sus metales, y piedras tienen brillo, ni todo lo que en él es deleytable tiene precio sin luz. Lo mismo es el oro, que el plomo; lo mismo es la flor, que la espina; porque le falta, ò à sus colores la hermosura, ò à sus brillos el precio. ¿Pues qué será el alma sin Dios? Para qué quiero la vida, se lamentaba Tobías, si en ella me falta la vista? De qué me sirve todo el mundo, si yo no veo la luz del Cielo? Pues qué debes tú decir, alma desventurada, si no tienes à Dios? Y à tan inmensa pérdida, cuál es la demostracion de tu sentimiento? Publio Rutilio, solo porque le quitaron la Dignidad de Consul, cayó al punto muerto de dolor. ¿Y tú has perdido la dignidad mas suprema con Dios, y ni aun lo conoces? Otro Romano, sabiendo que para verse su causa en el Senado havia de abogar contra él Marco Tulio, de desesperacion se quitó la vida. ¿Y tú, teniendo en el Tribunal de Dios al mismo Dios por tu enemigo, vives tan descuidado? Urbano III. oyendo la nueva de que el Saladino havia cogido à Jerusalén, espiró sin remedio de tristeza. ¿Y tú, habiendote robado el demonio con tu Dios la Jerusalén de la Gloria, puedes reir, y te puedes entretener? Los Egipcios, que adoraban por su Dios una fiera Serpiente, quando ésta cerraba los ojos para no mirarlos: *Tota Aegyptus,* dice Perio, *erat luctu, & mœrore consumpta,* todos à grandes gemidos no cesaban del llanto, hasta aplacar à su Dragón y à su Demonio. ¿Y tú, que ha cerrado por tí Dios los ojos de su amor, no se te derrite el corazon, quando no de sentimiento, de temor de tu desventura? Aquel Sacerdote Idólatra Micas, habiendole robado su casa toda, porque le llevaban sus Idolos, corria exhalado à grandes gemidos trás los salteadores, y preguntado, ¿qué queria? *Deos meos tulistis,* dice, *& dicitis, quid tibi est?* ¿Qué quereis que tenga, si me llevais mis Dioses? Y tú, perdido, no un Idolo, sino al Dios verdadero, te estás sin moverte à buscarlo? Por último, David tenia por sustento dia, y noche las lágrimas, solo al hacerle su conciencia esta pregunta: *Ubi est Deus tuus?* ¿Dónde está tu Dios, alma, donde está tú Dios? Pues si no lo hallas en tí mismo, ¿cómo no

levantas hasta el Cielo el gemido? ¿Cómo no derrires tu corazon en lágrimas? ¿Cómo no empleas lo que te ha quedado de alma en suspiros?

¡Oh, maldito pecado! ¿Quién no vé que eres el fumo de los males, pues trayendolos todos, no dexas en el alma, ni un bien solo el mas mínimo? ¡Oh, maldito pecado! ¿Quién no te huirá mas que à todos los demonios juntos? pues tú solo has hecho en mi alma mas terribles daños, que quantos pudiera hacer en ella toda su fiereza junta. ¡Oh, maldito pecado! ¿Quién no te temerá mas queal infierno? pues todos sus tormentos con Dios fueran delicias; y tú solo dexandome sin Dios, les prestas fuerzas à sus tormentos, enciendes sus llamas, fomentas sus horrores. ¿Quién no te aborrecerá con un ódio implacable? pues eres tú el que me has hecho perder mas bienes que quantos caben en el Cielo, y en el mundo. Eres tú el que me has privado de una vida, que valía mas que millones de Imperios; y eres tú el que me has hecho perder à mi Dios, à mi Criador, à mi Redentor, y mi Dueño, al que es toda mi vida, al que es todo mi sér. ¡Oh, maldito pecado mil veces! Yá no me queda contra tí mas remedio que mi dolor, mi arrepentimiento, y mis lágrimas. ¡Oh, si yo pudiera llorarlas de sangre, para vér si vuelvo à hallar otra vez à mi Dios! Basta, pues, de pecar, ¡oh, Dios de mi vida! oh, Jesus de mi alma! que si por mi pecado derramastes tu sangre, quiero yá acompañar hoy con las mias tus lágrimas; conozco mi locura, veo mi pérdida, y lloro el haverme perdido à tí por un gusto vil de la tierra. ¡Oh, si tuviera yo junto el ódio de todas las criaturas, para aborrecer mi pecado! Oh, si tuviera ese ódio, con que tú, mi Dios, lo aborreces! con él lo aborreciera. Más yá, ¿cómo levantaré à tí los ojos, viendo mi ingratitude? ¿Cómo llegaré à tu presencia, viendo mi ruidad? Pero miro tambien tu sangre derramada, miro tus llagas, que si todas las hizo mi culpa, las recibió tu piedad para mi remedio, para que yo me restaure, para que yo viva: pues vuelve, mi Dios, vuelve hácia mí tu rostro benignísimo, que yo te prometo, que escarmentado yá de la inmensa desventura, que es perderte, no he de atender mas que à tu gusto, à tu voluntad, y à tu agrado. Y si la consigo (¡oh, así sea por tu muerte preciosa!) à conservar, y guardar en mi alma la gracia, prenda de la Gloria. *Ad quam, &c.*

